



LA COLEGIATA DE AMPUDIA.

Las transiciones que se verifican en las artes son hijas de los períodos progresivos que la civilización va marcando á la humanidad en su camino. Por eso cada época artística tiene sus formas caracterizadoras, y presenta indelebles rasgos de filiación y circunstancias. Y se nota mas particularmente esta cualidad en las construcciones elaboradas en las grandes peripecias, en los tránsitos de una á otra era. El edificio ostenta entonces un semblante misto, que retrata fielmente la confluencia de dos tiempos, y el contraste de dos tipos incoherentes, destinados á la separación. Consiste esta mescolanza fortuita en que las evoluciones del espíritu humano, lo mismo en las artes que en todo cuanto se regula por su acción, no son obra de un día ni producto de efímeras y momentáneas causas. Los sistemas del entendimiento son para los siglos lo que las costumbres para los individuos. No basta querer la mutación, para que se verifique. Ni se desarraigan en un punto cosas con las que están connaturalizados el gusto y el sentido, y que llegan á formar parte del modo de existir. Todas las grandes trasformaciones tienen que pasar por el laboratorio del tiempo, y en sus crisoles se depuran de los vestigios bastardos, que son el precipitado postrero de las edades y de los usos precedentes. Y cuesta muchos años, y á veces no pocas oscilaciones, el establecimiento de la innovación sobre el terreno perdido por la fórmula caduca y fugitiva. En filosofía, en política, en todas las regiones de la ciencia se observa esa eterna sucesión, esa cadena de vida y de mejoramiento, que acaso es la clave absoluta de la historia. Pues las grandes guerras, los trastornos sociales, las expediciones gigantescas de los conquistadores, las emigraciones de los pueblos no son mas que el resultado visible de aquella continua operación, que se elabora en los senos de la inteligencia. No de otro modo las corrientes de aire contenidas en el fondo de los mares para los fines de la Providencia, cuando traban hondísima lucha, salen á la superficie de las aguas en

crespas ondas y agitados borbotones, que turban la calma del horizonte y llenan de pavor al navegante que á pasar acierta por entre sus peligrosos abismos. Pero donde mas y mejor se percibe esta marea constante del movimiento humano es en las artes, por una razón sencillísima. El campo de las operaciones científicas es todo de especulación y exámen ideológico. Solamente pues los espíritus cultivados y peritos en sus metafísicos discernimientos pueden hallar la forma del pensamiento en su gradación y modificaciones. Pero el terreno de los artistas es de la jurisdicción de los sentidos, y se presta á la observación universal. La idea se presenta revestida de formas materiales, cuya apariencia está en completa analogía con su principio esencial. La ciencia, en suma, es una abstracción, las artes un espectáculo. El procedimiento es diverso, por mas que sean iguales la tendencia y el resultado. Y convienen además, como decíamos antes, en la lentitud con que operan los tránsitos de su perfeccionamiento, y en los rastros que tras sí dejan los métodos anticuados en el germen de las mejoras que les sirven de sustitución en la senda de la vida universal. Este fenómeno presenta con elocuente evidencia el monumento de que tratamos hoy, y forma su tipo artístico, su cardinal fisiónomía.

Producto la Colegiata de Ampudia de una época en que la arquitectura realizaba una de sus mas importantes trasformaciones, al tenor de la marcha social, presenta el arte que acaba y el arte que empieza en accidental y mistiforme amalgama. Es un engendro de dos razas, que manifiesta la duplicidad de origen en la ambigüedad de su aspecto. Cuando la escuela romano-bizantina estaba alumbrando con los últimos resplandores la monarquía española, y cedía insensiblemente el puesto al arte ojival en los términos postreros del siglo XII, merced al inmenso movimiento que entonces espermentó la cristiandad del Occidente, se levantaron en el país varios edificios mas ó menos notables, y entre ellos esta respetable iglesia colegial.

Consta el edificio en su distribución interior de tres naves y el ábside. El gusto de la decoración es gótico en general, pero con algunas reminiscencias del estilo lombardo, y tan lleno de reparos, cortes

3 DE SETIEMBRE DE 1854.